

-ras horas de la mañana muy alegre y contento caminando por una de las bellas carreteras de este país, a uno y otro lado de estas, veíase campos inmensos sembrados de trigo, de alforfón o trigo sarraceno, algo como aquella hermosura de las pampas de Colombia se me presentaba ante la vista; no muy lejos había algunos obreros, que encorvados y al rayo del sol trabajaban, unos cortando el trigo con la hoz, otros haciendo haces; pasamos también cerca de algunos molinos de viento que con sus aspas, cual alas colosales giraban a medida que hacia viento; esto me hizo acordar la famosa batalla de Don Quijote con los molinos de viento, me parecía verlo montado en su caballo Rocinante, cuando lleno de entusiasmo se va a combatir a los que le parecían gigantes.

En la mitad del camino, una lluvia torrencial amenazaba empaparnos, pero nuestros paraguas y unos árboles nos protegieron. Después de un cuarto de hora de espera, continuamos nuestro camino; el tiempo cam-

bió y el resto del día estuvo espléndido. Por fin, al cabo de 3 horas, Después de caminado 15 Kilómetros, llegamos a una pequeña ciudad llamada La Roche-Bernard, aun cuando no tiene nada de particular en cuanto a la ciudad misma, hay a un Kilómetro de esta, un magnífico puente colgante, celebre tanto por su hermosura como por sus gigantescas dimensiones. Reluciente embaldosado de ladrillo, sólida y bella baranda de hierro, hermosísimo arco de idéntico metal, que sirviendo de apoyo al puente, soberbio y rojizo se levanta a mayor altura que este, son los pormenores que pueda darle de esta gigantesca obra, que aparecen aún más bellos y apreciables, cuando el viajero dirige la mirada sobre el ferrocarril que gracioso corretea por sobre el mismo puente. Cuan grande era mi admiración cuando pasaba y contemplaba una obra tan maravillosa de este país de Francia! A mediodía estuvimos en un prado donde almorzamos; algo raro, un poco extra-